

que el amor de mujer me hizo sentir en la juventud, fueron algo tan dulce, tan suave, tan de las entrañas, tan mío, como esto que ahora siento y pienso á veces, y que no va con *ella*, sino con Dios y el Universo suyo. Mi leyenda, mis ensueños de la Idea Divina, ya empezaron cuando empezaban mis ensueños amorosos, de *don Juan por dentro...*, y á todas mis Duleineas las he ido siendo infiel; y mi *leyenda* de Dios queda, se engrandece, se fortifica, se depura; y espero que me acompañe hasta la hora solemne, pero no terrible, de la muerte.

He hablado tanto de mí mismo y tan poco de *intereses generales literarios*, porque la razón de ser mis cuentos como son, se funda en *cosas mías*, no en influencias ni propósitos escolásticos.

Hágame el público el favor, aunque le aconsejen otra cosa algunos críticos, de no ver en este libro y otros que escriba y se le parezcan, un prurito de novedad (valiente novedad), un amaneramiento exótico. Tanto valdría llamar amanerado al otoño, la estación más *filosófica* del año... y de la vida.

CLARIN.

Noviembre de 1895.

---

## EL CURA DE VERICUETO

---

### PRIMERA PARTE

#### I

«El cura del lugar de Vericuetto,  
 »como nunca da nada... de barato;  
 »dicen que tiene *gato*  
 »de viejas peluconas bien repleto...»

Así empezaba el pequeño poema burlesco, parodia campoamorina, que estaba escribiendo mi amiguito Higadillos, paisano de Campoamor, estudiante de medicina y colaborador de tres ó cuatro periódicos con monos y sin religión positiva.

Higadillos era un badulaque, por supuesto, que se creía un sabio *positivo* y positivista á los veinte años, porque había leído á Spencer traducido, y leía el *Gil Blas*, periódico de París, y la *Revue des Revues*; además había estado en París una

temporada, y con esto y no pagar á la patrona, aunque se hundiera el mundo, se consideraba más *esprit fort* que un roble, y *de vuelta*, como decía él, de todas las *neurosis* místicas y *evangelizantes*, de que se reía con delicia. Le parecía á él que después de tantas diabluras como se discurrían para buscar nuevos idealismos, después de las *misas* sacrílegas y otras barbaridades por el estilo, el género *nuevo* más original, más oportuno, era... *volver simplemente*, decía, al *kulturkampf*, al volderianismo y al realismo pornográfico y escéptico. ¡Guerra al clero! esta era la *sencilla novedad* que se le ocurría.

¡Yo soy un *primitivo*! gritaba, dando á ese adjetivo un sarcástico sentido, con que, por *antifrasis* además, significaba todo lo contrario de lo que querían decir los pintores al llamar *primitivos* á los cristianos artistas del misticismo italiano de la Edad Media. Era un *primitivo* porque suponía la sencillez, la sinceridad y la naturalidad en el sensualismo y en la impiedad, en la ligereza filosófica del siglo XVIII.

—Señores—exclamaba Higadillos en el café—es un prurito enfermizo el andar buscando constantemente novedades metafísicas, éticas y estéticas; supone esa variación constante, además de la *inhibición* malsana de las facultades mentales que deben ejercer la hegemonía, supone falta de gusto, falta de juicio serio, personal, firme. La

verdad no está en la novedad, no está en el cambio; está en algo histórico, en uno de los momentos que ya vivió el pensamiento humano: el quid, la gracia del talento, está en averiguar cuál de esos momentos, sin ser *de moda*, es el que está en lo cierto. Pues bien, yo lo he averiguado, lo *cierto* es Lucrecio en un sentido, Rousseau en otro, Voltaire en otro, Spencer en otro, Zola en otro y... *El Motín* en otro. Materialismo, ó mejor, sensualismo, determinismo, hedonismo, naturalismo, individualismo, escepticismo ético, ésta es la fija. El caso es ahondar ahí, no buscar nuevas tierras. El mundo ya está descubierto; ahora á descubrir minas.

Una tarde, hablándome de estas sus filosofías, Higadillos me preguntó:

—Tú que eres de allá, ¿no conoces al cura de Vericueto? Pues es divino; todo un *documento*, como ahora se volverá á decir. Voy á hacer con él un poema que sea la antítesis del *cura del Pilar de la Horadada*. Ya tengo tres ó cuatro *números romanos* en que imito las *muletillas indeclinables* de don Ramón. Oye el principio...

Y empezó á leer lo que ustedes han visto.

Excuso decir que yo dejé de atender al quinto ó sexto verso; pero lo que después, en prosa, me dijo Higadillos acerca del cura de Vericueto, me llamó la atención bastante; y me propuse, en volviendo á la tierra, conocer al original personaje de

quien se burlaba el famoso mozalbete de repugnante impiedad superficial y bachillera.

## II

Yo tengo mi casa de campo en la marina, donde los montes alzan poco la cresta y parecen las olas suaves y nada altaneras que se deshacen sobre la playa en ondas graciosas, tenues, cada vez más tenues, hasta ser un cordón de encaje que entre el sol y la arena disipan de una sola chupadura. Las montañas, como olas de la tierra que van al encuentro de las olas del agua, son, en el alta mar de los puertos, gigantes que meten la cabeza cana, como de rizada espuma, por las nubes plomizas; pero según se van acercando á la costa se van achicando, achicando, hasta ser colinas, cubiertas de verdores hasta la cima, y luego suaves lomas que llegan á confundirse con las dunas, donde las montañas del Océano también se desvanecen.

Desde un altozano, donde tengo una huerta, y en medio de ella un modesto *belvedere*, suelo yo contemplar en la lejanía del horizonte, medio borrados por la niebla, los picos y crestas de las sierras y cordales, que son la espina dorsal del Piri-

neo por esta parte cantábrica. Cuando el cielo está muy despejado por todos los puntos cardinales, se ve desde mi huerta los *Picos de Europa*, que parecen girones de nubes que á veces dora el sol, para mí ya ausente.

Pues una tarde, recreándome con la vaga poesía romántica de tales contemplaciones, este verano, me vino á la memoria de repente la imagen, á mi modo fabricada, del cura aquel de la montaña que Higadillos me había pintado en Madrid como un Harpagón de misa y olla. Por aquella parte del horizonte, en uno de aquellos repliegues de piedra blanquecina que se destaca sobre laderas de hayas, pinos, robles y castaños, vivía y tenía su parroquia el pobre sacerdote que yo deseaba conocer. En una de las estribaciones del *Cordal de Suaveces* estaba *Vericuetto*, el lugar que daba nombre á la parroquia de mi señor cura.

Pensar en él y reanimarse el deseo de visitarle fué en mí todo uno; y como Higadillos vivía por allí cerca, y me había invitado repetidas veces con franca hospitalidad, y como en pago de no pocos socorros con que mi flaca bolsa le había sacado de varios apuros, sin vacilar, decidí el viaje; y al día siguiente el tren me llevó cerca de aquellas sierras; y desde cierta estación, un mal caballo me sirvió para andar lo peor del camino, que fué el subir por cañadas peligrosas las primeras cuestas del Cordal de Suaveces; hasta dar con mis huesos

molidos en la parroquia de Antuña, donde Higadillos me recibió con los brazos abiertos, pues era tan alegre y expansivo camarada, como superficial pensador y profundo mentecato.

Cuando le recordé su promesa de llevarme á casa del cura de Vericueto, y le declaré que esta visita era el móvil principal de mi viaje, se turbó un poco; así, cual algo contrariado; pero pronto se repuso, y, por lo menos, fingió celebrar mucho mi buena memoria y excelente propósito.

Y al día siguiente, muy de mañana, á pie, emprendimos la marcha, que fué toda cuesta arriba, pues era Vericueto lugar muy bien pintado por su nombre; porque, si os queréis figurar una montaña, muy puntiaguda, como una gran torre, podéis decir que Vericueto ocupaba el campanario.

### III

Vericueto es una *bandada* de chozas pardas y algunas casuchas blancas esparcidas por la ladera aquella del Suavecés; parece que van al asalto de la cumbre, berrueco inmenso que amenaza desplomarse sobre la diseminada tropa y aplastar todas las viviendas que encuentre en su caída; á la cabeza del asalto, es decir, en lo más empinado del lugarejo, se ve un grupo de aquellas chozas,

de las más humildes, de las más viejas, rodeando la iglesia parroquial, mezquina fábrica, una mala capilla cuadrada, fea, prosaica, que hacen bien en ocultar casi por completo los corpulentos robles que la rodean, con hojarasea siempre gárrula y temblona, á poco, casi nada que sople la brisa. Si la iglesia estuviera blanqueada, como el obispo mandó muchas veces, la nieve de sus paredes brillaría entre las ramas verdes con hermoso contraste; pero no hay tal contraste, porque el cura aborrece los sepulcros—y la iglesia—blanqueados por fuera, y no quiere dar ganancias á los borrachos de los albañiles, blasfemos, quimeristas, jugadores... y volterianos, probablemente, aunque es claro que sin saberlo. Sin contar con que la mano de obra cuesta un sentido. Además, ¿qué se diría si el cura gastase dinero de la fábrica en pompas y vanidades, mientras no puede emplear un céntimo en *lo otro*, en lo del *pique*?

¿Qué es lo del *pique*? Ya se verá luego.

Más alta que la iglesia, más alta que todas las chozas del grupo, está la casa del señor cura, que para dar ejemplo de humildad y de protesta contra la hipocresía, tampoco está blanqueada por fuera... ni por dentro; y se está cayendo á pedazos y deja que yedra y más yedra trepe por los costados y amenace comérsela y enterrarla.

Si alguien le dice al párroco, y hace ya mucho tiempo que nadie le dice nada que se refiera al

presupuesto de gastos.—Señor cura, ¿por qué no reteja usted la rectoral?

—En un pesebre —contesta el cura— nació Nuestro Señor; en un portal, ó tal vez en una cueva, pero de seguro á teja vana.

—Pero, señor, que las paredes se están haciendo polvo...

—*Quia pulvis es...* Nosotros y las paredes de la rectoral somos de barro, y en cuanto hay sequía, naturalmente, volvemos al polvo.

Además, ¿había de gastar dinero en tejas y adornos de confitería para poner la rectoral como un castillo de terrones y bizcocho, mientras no se gasta un ochavo, á pesar del peligro inminente que amenaza á todos, en lo del *pique*?

Y sobre todo, concluía el cura: *Fiat jus et ruat caelum*.—Cúmplase la ley, y húndase el cielo, y con él la rectoral.—Y la ley es: «que tu mano izquierda no gaste lo que gane la derecha.»

Pero repito que todas estas conversaciones ya estaban en desuso. Años hacía que nadie se acordaba de molestar al cura de Vericueto aconsejándole gastos que no había de hacer.

La única vez que el obispo llegó en su visita cerca de Vericueto, se abstuvo de subir á la iglesia porque estaba muy arriba, y porque lo del *pique*, que el cura le exageró, á propósito, para que no subiera, le dió un poco de asco y le hizo pensar: «No vaya á llegar el obispo en el momento en

que la cosa suceda... ya que ha de suceder.» Y no subió á Vericueto.

Pero ya es hora de que subamos nosotros, sin miedo á lo del *pique*; que por ahora no sabemos lo que es.

Jadeantes, dignos de que nos enjugara el rostro la Verónica, con la americana al hombro, llegamos Higadillos y yo al atrio de la iglesia; asomamos las narices por unos agujeros de la puerta principal, que dejaba ver el interior del templo, mezquino, adornado más de grietas y telarañas que de retablos é imágenes... Pero allí corría un vienteillo más que fresco, y el miedo á la pulmonía nos hizo continuar la marcha, hasta dar en la *quintana* de la rectoral misma; y sin pararnos á saludar á las gallinas y al perro, que nos recibió gruñendo, entramos en lo que debiera ser portal y era ya la cocina. O no había chimenea para el hogar, ó no funcionaba bien; ello era que el humo llenaba la estancia, y después de muchas idas y venidas salía por el tejado, metiéndose por donde podía.

La casa tenía planta baja y un piso; pero la parte de éste, que estaba sobre la cocina hacía muchos años que se había deshecho, podrida la madera; se había inutilizado y á trechos se veía desde abajo el desván. El humo salía por allí á sus anchas; en la cocina no encontramos alma humana, pero sí de cerda, pues, gruñendo también,

nos salieron al encuentro dos de la piara de Epicuro, como diría el párroco; pero no dos volterrianos, sino dos de Teberga, con la oreja larga, dos que prometían para un próximo porvenir excelentes jamones, dignos de la fama de su pueblo.

Al sentir que no cejábamos, los señores de la Cerda se acobardaron y corrieron hacia las habitaciones interiores, sirviéndonos, sin pensarlo, de guías, y anunciando nuestra presencia.

—¿Quién anda ahí?—gritó una voz áspera y perezosa allá dentro.

—Gente de paz—contestó Higadillos, disfranzando la suya.

—¡Ramona! ¿No está ahí Ramona? ¿Qué pasa? ¿quién va?

—¡Somos los hombres... del porvenir!...—cantó mi amigo con música de *La Marsellesa*.

—¡Ah, vaya! Adelante... el Gran Oriente.

Pisando despacio, con cierto recelo ó respeto, no sé por qué, entramos en una sala estrecha, cuyo pavimento no se sabía de qué era, pues lo cubría capa empedernida de secular suciedad, aluvión de la desidia amasada con polvo, restos de todos los despojos é inmundicias. En la sala no había nadie más que los futuros *Ifigenios* del mondongo, que al creerse acosados, parecían dispuestos á una defensa digna del más refractario jabalí.

Higadillos y el que suscribe tuvimos miedo.

Pero la voz, que sonaba en una alcoba del fondo, rugió de esta suerte:

—¡Chin! ¡chin! ¡fuera, chin! ¡Ramona, torna los gochos!

No se presentó aquella mitológica Ramona á tornar á los señores de la Cerda; pero ellos, á los gritos del amo (tal vez porque se llamaban *chin* los dos, siendo tocayos), huyeron por la puerta que dejamos franca con mil amores. La sala era, por lo visto, comedor y biblioteca y... bodega. A un lado había una mesa de castaño, de grandes alas dobladas; cerca de ella anaqueles de pino con platos y otros enseres de rudimentario menaje culinario; enfrente, en un estante, en forma de tríptico, toco y sucio y viejo, algunas docenas de libros mezclados con botellas, unas lacradas y otras vacías. *La leyenda de oro* estaba custodiada por dos ejemplares de *sidra de Cima* embotellada; y en cuanto á *Perrone* parecía que le llevaban preso dos corpulentas, y muy galoneadas de oro y rojo, botellas de cognac, de cuello de cigüeña.

—¿Se puede, señor de la tribu de Levi?

—Ya he dicho que pase el Gran Oriente.

—Es que no vengo solo.

—Pues adelante con los faroles... de toda la masonería militante...

Higadillos levantó una cortina de percal verde, y yo, sin pasar del umbral, desde la puerta de la alcoba, que tenía luz propia, la de una gran ven-

tana á Oriente, vi en una cama de nogal, ancha y recia, bajo una colcha de punto, blanca y limpia, un busto de clerigón, una camisa de buen hilo, de señor, fina y reluciente, pero sin tirilla, como si hubiera reventado por arriba para dejar libre la salida á un cuello de atleta, fuerte, sonrosado, de músculos fornidos; digno fuste de una cabeza que me recordó en seguida alguno de los grabados con que Doré ilustró los *Cuentos droláticos* de Balzac.

La impresión general que producía aquel rostro despertaba la imagen del tronco de una añosa encina... con verrugas. Era una gran masa de carne surcada por arrugas expresivas, regueros por donde corría la malicia que tenía sus manantiales en los ojos pequeños, agudos, picarescos, llenos de chispas que saltaban con las palabras. La cara del cura de Vericueto no era un *cliché* de la fisonomía del avaro, era un misterio complicado en que no había de seguro más que la malicia, la astucia... y un no se sabía qué de bondad, de honradez latente arraigada en el espíritu. Recordaba una de esas grandes sátiras con que la Edad Media supo zaherir al clero sin lastimar á la Iglesia.

## IV

Don Tomás Celorio, á quien todos los curas del arciprestazgo llamaban familiarmente «Vericueto»

por el nombre de su parroquia, llevaba de párroco propietario veinte años, y hacía dos que no se movía de la cama.

Poco á poco le habían ido acorralando los achaques, y cuando ya no pudo defenderse y tuvo que rendirse al peso de su corpaehón y de los cánones, que exigieron otro clérigo en la parroquia, admitió el auxilio á regañadientes, tomó al coadjutor como á enemigo solapado de los intereses propios, y no le cedió un ochavo de cuantos derechos le pertenecían, habiendo de atenerse el *intruso*, que en rigor lo hacía todo, al mezquino sueldo de su cargo secundario.

Celorio mandaba y disponía desde la cama cual un caudillo que, rendido por las heridas en tierra, sigue dirigiendo una batalla. El cura seguía siendo él; nada de economato; un coadjutor como otro cualquiera; no consentía Celorio, ni al obispo en persona, que se le tratara como un trasto inútil. «Yo soy ahora un párroco *inmuable*, gritaba, pero párroco en funciones; mi iglesia es mía.» Y como no podía ir al templo, ejercía la cura de almas desde su lecho como Dios le daba á entender. Su gran afán era no perder un cuarto de cuantos la ley canónica le concedía como cura propio de Vericueto. No bautizaba, ni llevaba el *Señor* á los enfermos, ni casaba ni enterraba á nadie, pero cobraba todo lo que hacía al caso, y para cumplir con las apariencias, de tarde en tarde, reunía en

torno de su lecho á las beatas y á los santurrones de la parroquia, y les enderezaba una plática breve, con voz gangosa y enérgica entonación, predicando siempre en favor de la caridad y el desprecio de los bienes efímeros de este mundo.

También seguía siendo desde la cama padre espiritual de algunas privilegiadas criaturas, viejas místicas que acudían á la cabecera del lecho de nogal convertido en confesonario, y allí, de rodillas junto á la mesilla de noche, declaraban sus culpas, que Celorio oía rascándose el cogote. Lo más gracioso era que no pareciéndole decente escuchar los pecados ajenos, y atar y desatar en mangas de camisa, como un mozo de cordel, reconocía la necesidad de revestirse de ciertas ropas que, sin hacerle salir del lecho, dejaran ver en él al sacerdote. No le servía la sotana, que era demasiado larga... y además porque estaba hecha pedazos. La única que tenía le había durado veinte años, y estaba por todas partes agujereada, inservible; y como en la cama no la necesitaba, había discurrido no comprar otra; siendo, en su opinión, ésta una de sus economías más razonables. Pero, gracias á Dios, Ramona, el ama de Celorio, vieja sorda y sórdida, vestía de por vida el hábito de los Dolores, y el cura dió en la peregrina invención de meterse por la cabeza una falda negra, de alpaca, propiedad de Ramona, que la lucía los domingos. Con aquella falda sobre la ca-

misa, absolvía Celorio á las hijas de confesión que acudían al pie de su lecho en busca de la gracia.

Lo mismo que la cura de almas y consiguiendo derechos de estola y pie de altar, dirigía y cobraba D. Tomás, sin salir de la cama, sus negocios y ganancias temporales; pues dijera lo que quisieran allá en *palacio*, era el párroco de Vericuetto tratante en una porción de artículos de consumo, y ejercía en el mercado de la próxima villa de Suaveces una especie de hegemonía económica, que no era monopolio, pero sí supremacía lucrativa. Con gran descaro, y sin miedo á denuncias, Celorio ganaba honradamente, pero con olvido de las leyes eclesiásticas, muy buenos réditos de un capital esparcido en multitud de pequeñas industrias y comercios, tales como la cria de cerdos, las vacas en *comuña* ó *aparcería*, venta de legumbres, frutas, gallinas y hasta pañuelos de seda en una *tienda del aire*, ó sea puesto ambulante, de baratijas, en que, junto á los colorines de la seda indiana, brillaban las piedras falsas de la joyería rústica, pendientes y collares mezclados y confundidos con rosarios, escapularios, cintas tocadas al Santísimo Cristo de Cueto, y medallas procedentes de Roma y bendecidas por el Papa.

Si á todos estos anzuelos del industrioso párroco acudían los ochavos que con tanto sudor ganaban los aldeanos del contorno, debíase, no á malas artes, ni menos á imposiciones hierocráticas, sino



á la lealtad y honradez de las transacciones, á la baratara de los productos, á la parsimonia con que Celorio procuraba cierta ganancia en cada trato, en cada venta; siendo su afán, no el lucro excesivo, fabuloso, en cada caso, sino la muchedumbre de negocios. Su lema era no consentir cohecho ni perdonar derecho; todo lo suyo para él, pero nada más que lo suyo.

«El ojo del amo engorda el caballo», era otra máxima popular que le sirvió de guía y norte mientras pudo andar por su pie. Aunque es claro que, descaradamente, él no se ponía en el mercado detrás del mostrador (un banco portátil) de su tienda á vender arracadas y cintas del *Cristo*, rondaba por allí cerca; iba, además, de un puesto á otro; de las berzas, repollos y remolachas á la cesta de fruta, y hasta se le veía en el mercado de cerdos, saltar entre los menudos lechoncillos con la sotana un poco levantada, presenciando, como al descuido, pero muy atento, las transacciones que le importaban harto más que al encargado de la venta. A veces olvidaba todo disimulo, y cuando sus intereses estaban amenazados por exigencias excesivas del comprador, el cura, con toda su actividad y pericia, terciaba en el trato; y hasta llegaba á declararse propietario de la cosa en venta cuando se ponía en duda el mérito de los productos. Solía esto suceder tratándose de lechugas, tomates y pimientos, que eran el orgullo del

buen párroco, hortelano de vocación. Sabía él que declarar la procedencia de aquellos frutos era tanto como hacer su apología, pues la huerta del cura de Vericuetto tenía fama muchas leguas á la redonda.

En ocasiones, cuando todos eran de casa, es decir, no había en el mercado gente forastera, Celorio se despojaba de todo disimulo y se sentaba sobre una cesta volcada, entre sus repollos y berzas; y mientras se comía una cebolla que iba remojando en agua, pesaba y repesaba, cobraba la calderilla y entregaba al comprador los cogollos rozagantes, orgullo y amor del buen Columela tonsurado.

Que de estos y otros parecidos excesos llegaban soplos al obispo, ya lo sabía él; pero también le enseñaba la experiencia que el obispo hacía oídos de mercader, porque profesaba á Celorio un cariño cogido allá en la adolescencia, en el seminario, á la edad en que las amistades *se ingertan* para no separarse en la vida.

Siempre le había repugnado la idea de que el lícito comercio estuviera vedado á los clérigos. Parecíale esta prohibición especie de estigma que para siempre deshonraba la industria más universal y necesaria. «Mientras tenga la Iglesia por cosa mala para sus sacerdotes el cambio leal y justo de las mercancías por dinero, los mercaderes se creerán autorizados para ser algo ladrones.

Si el comercio estuviera sólo en manos de quien recibe al Señor en su cuerpo todas las mañanas, y lo recibe dignamente, mejor andarían los negocios; iría el crédito como una seda, se evitarían pleitos, gastos, policía, cien y cien trabas, obra muerta, muy cara y embarazosa, de la vida económica. Quédese para los paganos tener el mismo dios para el robo y para el comercio. Si Jesucristo arrojó del templo á los mercaderes fué por vender en el templo; pero al mandarnos pagar el tributo, que es el precio de la paz y el orden que debemos al Estado, bien nos dijo el Señor que en comprar y vender no hay pecado.»

Más aún que tales teorías, la irresistible necesidad del lucro legítimo mantenía á Celorio en aquella situación algo irregular de pastor que convertía á su rebaño en consumidores de sus productos; de párroco que convertía á sus feligreses en *parroquianos*.

Pero no bastaba ganar, era necesario ahorrar, gastar lo menos posible. Celorio vivía como un cenobita, no por penitencia, no por mortificar la carne, que de todos modos en él prosperaba, gracias al buen natural y á la vida morigerada é higiénica; vivía con muy poco por guardar mucho; y á tanto llegó en él este espíritu de economía, que le sacrificó hasta el instinto de conservación, como lo demostró en el asunto que se llamaba del *pique*, el cual vamos á ver, por fin, en qué consistía.

## V

En lo más alto de aquella montaña, camino de cuya cumbre, y no muy lejos, estaban la iglesia y rectoral de Vericuetto, mas otras muchas casas y chozas de la parroquia, había, según ya se ha dicho, un enorme berrueco, ó sea peñón ingente que, no sé si se dijo también, amenazaba desplomarse sobre aquellas frágiles moradas y hacerlas polvo. Esto de la amenaza no es retórica, sino la pura verdad; porque, según pude ver por mis ojos aquel día que visité al cura Celorio, la tal peña, grandísima y formidable, estaba como por milagro sostenida en la altura, y el instinto de las leyes del equilibrio que á nuestro modo, y por observación, tenemos todos, le decía á cualquiera que la mole granítica ó lo que fuese (granítica no sería, pero ya pesaba sus miles de quintales) no *debía de* poder mantenerse mucho tiempo, si caigo ó no caigo, y tenía que caer por fuerza el día menos pensado. Poco á poco ya se había venido inclinando, y si había grandes tormentas, cuando las aguas arañando la tierra rodaban con gran fragor de lo más pino y eminente, la fiera de la altura se sacudía un poco, rompiendo algunos eslabones de la cadena que la sujetaba todavía; ello era, sin metáforas,